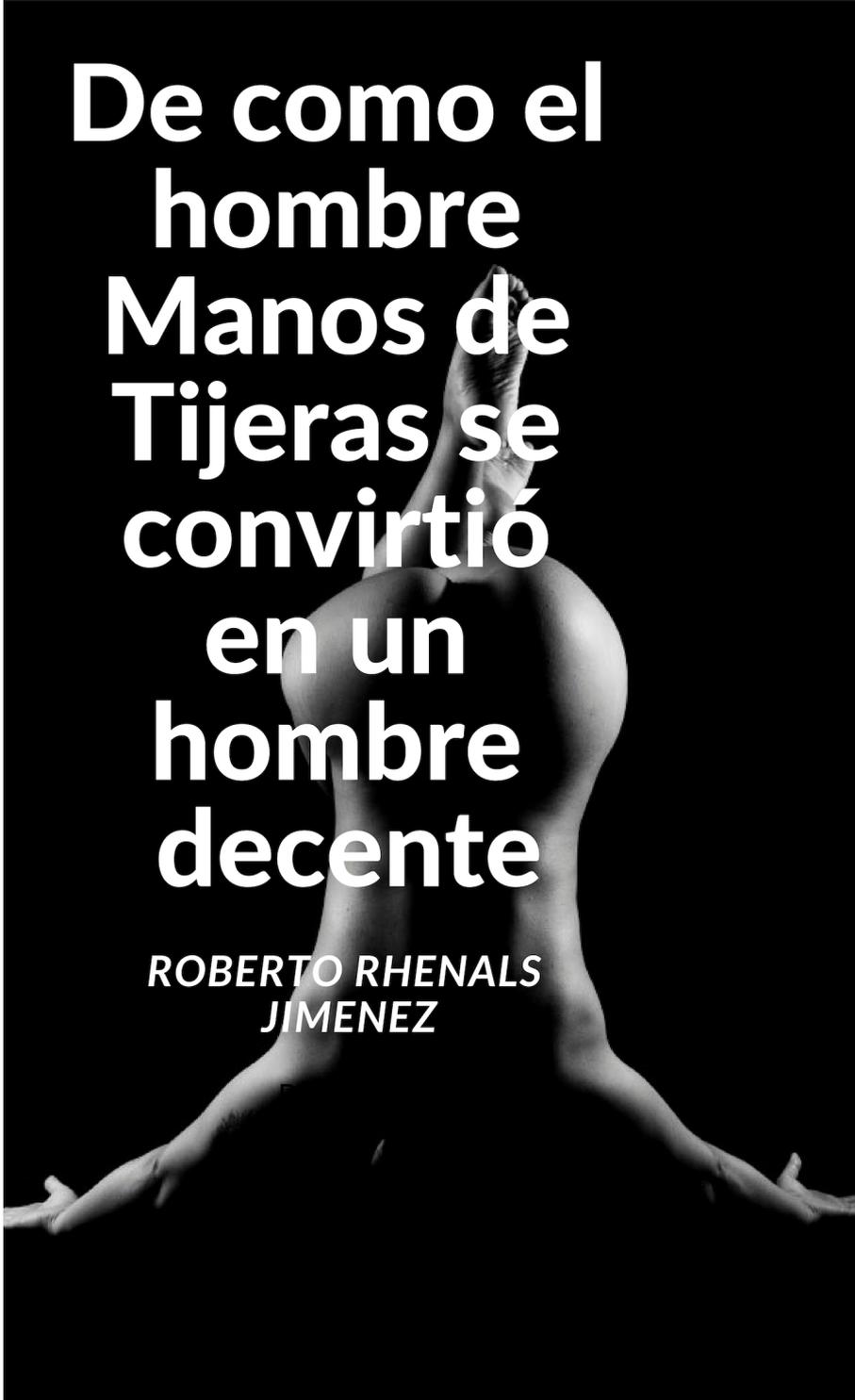


De Como el Hombre Manos de Tijeras se Convirtió en
un terrible Hombre Decente

Roberto Rhénals Jiménez



**De como el
hombre
Manos de
Tijeras se
convirtió
en un
hombre
decente**

**ROBERTO RHENALS
JIMENEZ**

Capítulo 1

DE COMO EL HOMBRE MANOS DE TIJERAS SE CONVIRTIÓ EN UN TERRIBLE HOMBRE DECENTE.

Salí de la habitación. Tiempo después estaba en marcha sobre la carretera y entonces me estacioné sobre un viejo portón de hierro que colindaba con una vieja escuela de secundaria. Iba a entregar una hoja de vida. Saqué mi maletín y el formato de la hoja de vida. Aparqué el auto sobre el andén pues no había donde aparcar ni lugar visible para hacerlo. Segundos después noté que un viejo asqueroso estaba de guardián en la puerta. Yo no quería trabajar la verdad. Pues quería vivir de la suerte o de las apuestas. Apostar en el playgol y ganar millones. Quería vivir con la linda Vivi. Follar con ella sin que el marido se diera cuenta. Vivi debe a esta hora estar siendo follada por su marido. Pero cuando observo mi reloj: 8.45 am entonces dije: que va Vivi debe estar ahora cuidando esa manada de ancianos que viven con los dedos calientes de tanto metérselos a las enfermeras que los cuidan. Vivi labora como Trabajadora social en un centro de Vida.

El solo deber de buscar empleo me produce espasmos musculares. Estar siempre al vaivén de un viejo reclutador que ni sabe cómo diablos hiciste para graduarte como profesional me produce nauseas. La última entrevista que tuve se salió de control. Me entrevistaba el mismo rector de un colegio. Se corría la voz en la ciudad de que era un homosexual muy muy metido en su closet. Estaba tranquilo al estar allí y no pensaba salir. Pero en la entrevista quiso acariciar mis piernas lo cual era un grave error. Varios puñetazos a lo Roberto "mano de piedra" Duran lo tumbaron para mandarlo por la vía del sueño al piso de cerámica de su oficina. Estuve varios días presos en la estación de Chambacu por noquear a un Rector pervertido.

Resultó ser que el anciano era divertido y amable. No solo abrió el portón para parquear mi auto si no que a la vez me dijo que le dejara unos peniques para los cigarros. Si patrón porque en la noche el frío es duro pero un cigarro me mantiene caliente. Le dije que tenía que entregar una hoja de vida. El anciano me señaló el lugar donde quedaba una oficina casi que sin luz.

Patroncito, allí puede entregarla. Allí le dan información.

Gracias, gracias le dije con un ademán. Me agradaba el anciano pero no su apestoso suéter. La leyenda del suéter era la imagen de un político neonazi con gafas, y, con acento paisa.

Antes de entrar a esa pequeña oficina me preguntaba si en verdad quería trabajar con jefes, los estúpidos horarios, los coordinadores que son unos

putos. Encerrarme horas y horas con niños cuyos padres son muy pretenciosos. Los alumnos son un amor (pero hay algunos...). Esperar la hora de salida o de entrada es brutal para mi corazón y los nervios: es decir no me gusta la idea de esclavizarme con estúpidos jefes y horarios. De seguro encontraré en esa oficina a una estúpida señora de brazos gordos deshojando una mandarina. Las conchas estarán regadas en su escritorio o en medio de sus tetas gigantes. Cada rebanada dulce de Mandarina se enrollará en los dientes para luego esculcárselos con un mondadientes. Una mujer con ojos saltones que me observará mi calva; de una mujer que le importará un reverendo pepino mis títulos profesionales. Seguro cuando me retire, mientras encienda el motor de mi auto, ella tomará las 12 hojas de mi currículum justo cuando vaya al baño y se limpiará el culo con ella.

El colegio será muy pequeño para mí pero muy grande para ella. Instantes después me preguntará que clase de docente soy que prefieren no trabajar para vivir a la suerte. Le explicaré que el mismo que piensa que el sistema educativo está jodido por personas que como tu además de usar ese ridículo vestido negro ni preguntan por quien solicita empleo en su colegio se creen los dioses del asunto. Salí de allí horrorizado. Ni pude ni tuve las agallas suficientes para entregar esa hoja de vida. Un pequeño dolor en la cintura me había inundado en el instante.

Abrí la puerta del auto para encender el motor. Le di los peniques al anciano para sus cigarrillos. El anciano de nuevo muy diligente en eso de abrir y cerrar portones oxidados me da un saludo de despedida. Me largué raudo de ese puto colegio.

Al día siguiente regresé al colegio pero esta vez en definitiva a entregar la hoja de vida. Fue brutal la noche, pasé una noche de perros. Paré el auto frente al portón de hierro oxidado. Estaba el guardián en el portón. Esta vez el guardián era joven. Por lo que yo le pregunté por el anciano. El joven muy avisado me contesta, si anoche el señor Fulgencio le dio un derrame cerebral, pero al parecer está de nuevo en su casa, le dieron incapacidad y reposo.